DOMINGO DE RAMOS (A) Homilía del P. Abad Josep M. Soler 13 de abril de 2014 Mt 26, 14-27, 66

Queridos hermanos y hermanas:

La primera parte de la celebración ha tenido un clima festivo, centrada como estaba en la entrada de Jesús en Jerusalén y en la aclamación jubilosa al *Hijo de David*. La segunda parte, la de la liturgia de la Palabra, es seria, llena de densidad, dramática por el rechazo que sufre Jesús, por sus sufrimientos y por su muerte. No son, sin embargo, dos partes desconectadas, ni carentes de relación; como si la entrada triunfal del Señor en Jerusalén quedara abocada al fracaso de la pasión. Porque, en la segunda parte, la pasión y la muerte de Jesús se abren a la Pascua. Y, por tanto, a la esperanza y la alegría. El *hosanna al Hijo de David* que cantaba la gente de Jerusalén y que nosotros hemos repetido, llega a su plenitud cuando se convierte en una aclamación al Cristo resucitado.

En el relato de la pasión que acabamos de escuchar, hay una frase impresionante, densa en su significado literal y aún más densa en su dimensión profética. Ante la actitud de Pilato de lavarse las manos como signo de que no es responsable de la condena de Jesús, sino que lo son los que lo habían traído y lo acusaban, todo el pueblo respondió: que ¡su sangre caiga sobre nosotros y sobre nuestros hijos! Diciendo esto se hacen responsables de la condena a muerte de aquel que consideran un blasfemo. Esta frase, sin embargo, no significa que el pueblo judío en su conjunto sea responsable de la muerte de Jesús y por eso no puede ser causa de antisemitismo, como en el pasado ha sido para algunos. Más allá de expresar el hecho de que aquellos que estaban allí, influenciados por los grandes sacerdotes y los ancianos, asumen la responsabilidad de la condena a morir crucificado, la frase a los ojos de los cristianos se convierte en una profecía. Ellos dicen: que ¡su sangre caiga sobre nosotros y sobre nuestros hijos! Se trata de la sangre que Jesús derramará en la cruz. Y este Jesús es el Hijo de Dios, tal como él había reconocido ante el gran sacerdote y todo el sanedrín (cf. Mt 26, 63-64), y como lo reconocerá después de la ejecución el centurión que mandaba la guardia: Realmente éste era Hijo de Dios (Mt. 27, 54). Lo era y lo es! Por eso la sangre derramada en la muerte del Hijo de Dios es fuente de salvación para todos y cae sobre la humanidad como un rocío beneficioso, sólo hay que acoge-lar con fe.

Siguiendo todo lo que hemos escuchado en la pasión de Jesús, comprendemos como, por amor nuestro y por nuestra salvación, el *Hijo de Dios* ha querido compartir la semejanza con nosotros con el sufrimiento y la muerte hasta la soledad del sepulcro, cerrado con *la piedra grande* que *hicieron rodar*. Para comprender el amor de Dios que se abaja hasta hacerse suya nuestra realidad, hay que acercarse espiritualmente - como dice un autor contemporáneo- el cuerpo muerto del *Hijo de Dios* y conmoverse ante su experiencia humana vivida hasta al límite (cf. Innos Biffi: : *L'O.R.*, 7.4.2012, p. 4). El *Hijo*, después de derramar la *sangre* de una manera cruel se convierte en un muerto como todos los otros muertos, un muerto más como tantos hay en nuestros cementerios. De esta manera ha llevado su igualdad con nosotros hasta el extremo donde llega todo ser humano, cuando parece que se acaba toda esperanza. Así lo significaba la *piedra grande* que hicieron *rodar para cerrar la entrada del sepulcro*.

Jesús, sin embargo, a pesar de bajar hasta el fondo de la aniquilación de la muerte, no fue abandonado en el sepulcro, la muerte no podía retenerlo cautivo (cf. Hch 2, 24). Por ello, la mañana de pascua, *el ángel del Señor* volvió a hacer *rodar la piedra* (Mt 28, 2), pero esta vez para abrir *el sepulcro* para siempre. Y, porque Jesús venció la muerte, es causa de liberación y de salvación. Porque venció la muerte, su sangre cae

beneficiosamente sobre la humanidad. Este hecho nutre nuestra esperanza de que Dios no nos abandonará, tampoco, en la muerte. Jesús, el *Hijo de Dios*, es compañero de toda persona que experimenta el sufrimiento y la muerte, de toda persona que es llevada a la tumba. Y si es compañero hasta la muerte, hará *rodar* todos los cierres de los sepulcros y será compañero hasta la Pascua eterna, basta vivir la fe en él y en su palabra, basta vivir la fidelidad a la conciencia recta. Porque la inmortalidad ha comenzado a existir en Jesucristo y es ofrecida a todos.

Que ¡su sangre caiga sobre nosotros y sobre nuestros hijos! La sangre salvadora de Jesús llena el cáliz eucarístico para traernos vida y salvación, para ofrecernos la bebida de la inmortalidad. En nuestra condición de discípulos, y tal como oíamos al inicio del relato de la pasión y repetiremos al hacer el memorial de la cena del Señor, somos invitados por Jesús mismo: Bebed todos, que esto es mi sangre, la sangre de la alianza derramada por todos para el perdón de los pecados.